

De la desaparición a la permanencia: indígenas e indios en la reinvención del Caribe

Serie

LOS INDÍGENAS MÁS ALLÁ DE COLÓN

Volumen II

Roberto Valcárcel Rojas y Jorge Ulloa Hung
Editores y compiladores

Santo Domingo, R. D.
2018

© 2018 INTEC
© 2018 Fundación García Arévalo
© Roberto Valcárcel Rojas
© Jorge Ulloa Hung

ISBN: 978-9945-472-96-7

Cuidado de edición: Fari Rosario

Corrección de estilo: Elizabeth Phipps

Diagramación y maquetación de portada: Amado Santana

Imagen de cubierta: Lino René Valcárcel Hernández

Impresión: Editora Búho

Impreso en la República Dominicana
Printed in Dominican Republic

Capítulo 8

Arqueología en Managuaco. Presencia de indios en una hacienda colonial cubana

ROBERTO VALCÁRCEL ROJAS, ADISNEY CAMPOS SUÁREZ,
YOSBANI RODRÍGUEZ BRUZÓN Y JUAN E. JARDINES MACÍAS

La arqueología del período colonial en el Caribe insular se ha centrado en los grandes temas de la acción de conquista y fundación europea; o en los vestigios del sistema plantacionista. Se ha priorizado a las primeras poblaciones, las ciudades derivadas de estas, las estructuras militares y, por supuesto, las locaciones asociadas a la plantación (principalmente azucarera y cafetalera), con diversas aristas de la esclavitud africana (Armstrong & Hauser, 2009; Delle, 2002; Ewen, 2001; Kelly, 2008; La Rosa Corso, 2000; Roura, 2011; VanBuren, 2010). Con menor frecuencia, específicamente en las Antillas Mayores, se han trabajado espacios de base indígena cuya población interactuó con los europeos o entró al orden colonial bajo el sistema de encomienda (Deagan, 1988; Hofman *et al.*, 2014; Valcárcel Rojas, 2016 a, 2016b; Valcárcel Rojas *et al.*, 2013). Una atención desigual y en general limitada han tenido los enclaves de cimarronaje africano y naufragios (Armstrong y Hauser, 2009; Goucher & Agorsah, 2011; Singleton y Torres de Souza, 2009; Weik, 1997).

El entorno doméstico y económico del mundo rural no dependiente de la plantación ha quedado fuera de estos estudios

con pocas excepciones⁹⁸. Se trata de espacios subestimados desde la perspectiva histórica y arqueológica tradicional porque distan de los supuestos sucesos o procesos clave para las historias y memorias nacionales; y porque se hace difícil tratarlos desde las perspectivas metodológicas e interpretativas más comunes para la arqueología caribeña. No obstante, muchas veces ellos definen el carácter sociocultural y económico de ciertas regiones, pues jugaron un papel importante en determinados esquemas de ocupación territorial y afianzamiento poblacional, al tiempo que aportan detalles básicos para entender los diversos escenarios del mundo colonial. Este artículo presenta resultados iniciales de los estudios realizados en el sitio Managuaco, una locación vinculada a la hacienda de igual nombre, ubicada en el nororiente de Cuba e investigada para seguir el asentamiento colonial en esta parte de la isla, así como la presencia y participación del indio⁹⁹ en dicho universo.

La hacienda de Managuaco

En el año 1663 los terrenos de Managuaco fueron otorgados por el cabildo de San Salvador de Bayamo al vecino de esta

⁹⁸ Un caso interesante para Cuba es el sitio Pueblo Viejo, en la provincia de Camagüey. Los últimos y más detallados estudios sobre el sitio se han realizado bajo la dirección del arqueólogo Iosvany Hernández Mora. Sugieren presencia colonial de indios, posiblemente en funciones de vigilancia costera, entre otras, durante el siglo XVIII y parte del XIX. No se descarta presencia de indígenas en el lugar durante el siglo XVI, debido a traslados impuestos por los colonizadores (Hernández, 2010; Hernández *et al.*, 2013).

⁹⁹ Con este término nos referimos a los descendientes de indígenas, ajustados a los requerimientos de vida en el entorno colonial. Es un ente ya diferente al registrado al inicio de la colonización con igual nombre, que cambiará a lo largo de los siglos reorientando sus coordenadas de pureza étnica e identidad cultural tanto desde sus propias perspectivas como desde las de aquellos que registraron su presencia. Integrará tanto a los originarios de la isla como a los que se irán incorporando, desde diversos lugares y por distintas razones, a la sociedad colonial a lo largo de los siglos. En Cuba el gobierno español reconoció la protección de indios hasta 1846. Aun existen comunidades que sostienen esta identidad (Valcárcel Rojas, 2016c).

villa, Felipe Pérez de Espinosa. La hacienda comprendió el territorio entre los ríos Cacojugüín (al oeste y norte), el Jobabo (al norte y este) y al sur las lomas de Managuaco, ocupando un área aproximada de 30 km² en la parte norte de la actual provincia de Holguín (figura 17). En 1685 la hacienda fue adquirida por Juan González de Ribera. Se trata del patriarca de una de las más importantes familias de la región, muy involucrada en la fundación del pueblo, posteriormente ciudad y jurisdicción de Holguín.

Managuaco resultaba un enclave estratégico dentro del espacio de gestación de la región histórica holguinera¹⁰⁰, al estar en una posición intermedia en el conjunto de hatos y haciendas dispuestos en el amplio territorio desplegado entre el río Cauto y la costa norte. Por ello pudo ser muy importante para el tránsito de bienes y personas, e incluso para el contrabando comercial con los ingleses asentados en las Bahamas desde 1656 (Rodríguez Bruzón, 2015). Esta posición geográfica, el poder de sus dueños, así como la potencial relevancia económica de la hacienda, debieron determinar que en 1692 se estableciera en ella el primer templo católico de la región: una ermita¹⁰¹ dedicada a la Virgen del Rosario a la que se anexó un cementerio. El conjunto se describe así:

... la primera casa del Señor en esta comarca, se levantó en aquella hacienda, siendo de diez varas de largo y cinco de ancho, con su sacristía de dos varas: se fabricó de madera, con cobija de yarey y sus portales de tejas, la cual fue conducida desde la villa de Bayamo, ornamentándola de todo lo necesario al desempeño del ministerio; las campanas estaban colocadas en una horca sostenida por dos postes de bastante elevación con su

¹⁰⁰ Consúltense a Rodríguez Bruzón (2015) en lo que respecta a la definición del término.

¹⁰¹ En lo adelante usaremos el término ermita por ser el históricamente manejado, aunque también se le ha llamado iglesia. Según Morell de Santa Cruz (2005) en 1712 fue que se elevó a la categoría de iglesia.

correspondiente cobertizo de tejamaní, cuya fábrica estaba rodeada por una estacada de madera de corazón de cien varas en cuadro con sus portadas de rejas en cada costado, sirviendo él la vez aquel pedazo de terreno para sepultura de los cadáveres, cementerios acostumbrados en aquella época (De Ávila y del Monte, 192, p. 21).

La ermita fue trasladada en 1709 al paraje de Las Guázumas, en la hacienda de Las Cuevas. Allí fue reconocida como iglesia en 1712, moviéndose posteriormente a la zona de Cayo Llano (De Ávila y del Monte, 1926) donde se convertiría en centro e impulso para la consolidación del pueblo de San Isidoro de Holguín, declarado ciudad en 1752.

Las actividades económicas iniciales de Managuaco fueron las derivadas de la ganadería y la agricultura de subsistencia. A finales del siglo XVIII e inicios del XIX el tabaco constituyó un reglón comercial de relativa importancia. La producción agrícola fue en aumento durante el siglo XIX destacándose el cultivo del maíz, la yuca, los frijoles, el plátano y la caña de azúcar. Su explotación se basó en la labor de trabajadores libres, con mínimo uso de esclavos africanos. Al parecer nunca ocurrió el deslinde de la hacienda pues en 1955 estaba en proceso de caducidad su juicio demolitorio. La división político-administrativa de 1978 rompió su unidad histórica; el entonces caserío quedó dividido entre dos municipios (Holguín y Gibara), así como en tres Consejos Populares (Aguas Claras, Floro Pérez y Uñas). Su población se estimó en el año 2008 en unas 77 personas (Rodríguez Bruzón, 2015).

Trabajos arqueológicos

Managuaco es hoy un caserío muy disperso, rodeado por pequeñas fincas agrícolas y ganaderas, ubicado 9,6 km al noroeste de la ciudad de Holguín. Fue visitado en el año 2013 por un equipo de trabajo del Departamento Centro Oriental de Arqueología

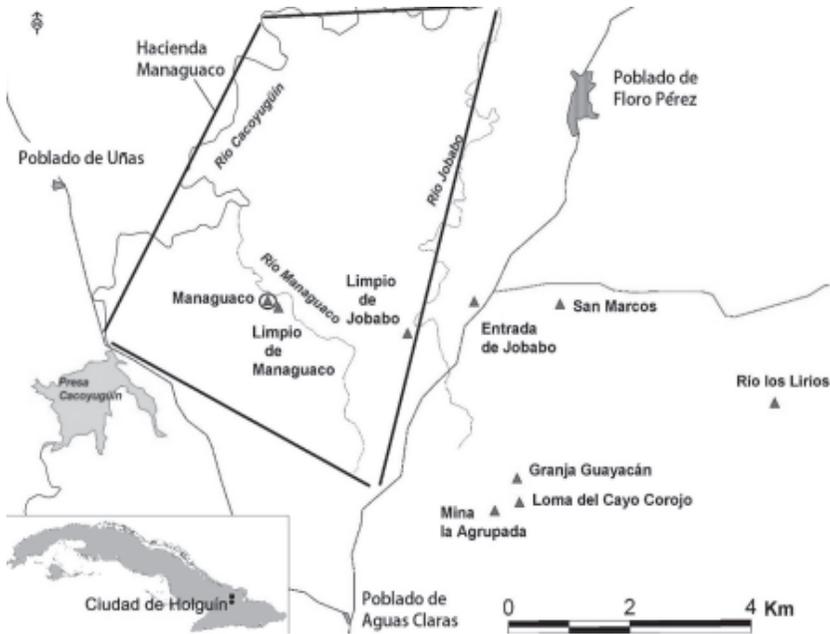


Figura 17. Ubicación de la zona de estudio, al norte de la ciudad de Holguín, en Cuba. Localización de la hacienda de Managuaco y de lugares mencionados en el texto. Los triángulos corresponden a sitios arqueológicos. Elaborado por Juan Guarch. Modificado por Roberto Valcárcel Rojas.

(del Centro de Investigaciones y Servicios Ambientales y Tecnológicos de Holguín [CISAT]) y de la Oficina de Monumentos de Holguín. Se pretendía evaluar la relación del asentamiento rural con la hacienda de igual nombre reconocida históricamente en esa región desde el siglo XVII. También, explorar un área asociada por la tradición histórica local con una «ermita» o «iglesia», según los términos usados por los vecinos. El trabajo fue dirigido por Roberto Valcárcel Rojas y Ángela Peña Obregón, y consistió en una búsqueda en superficie. Esta reveló la presencia de material arqueológico del siglo XVIII y XIX en la zona donde los pobladores sostenían que había existido la ermita. Los dueños de la propiedad en la que se encuentra esa zona habían encontrado en ella un majador de piedra de tipo indígena (figura 22 a).

El mismo grupo de trabajo¹⁰² llevó a cabo nuevas prospecciones y una excavación formal en el año 2014, bajo la dirección de Valcárcel Rojas y en el contexto de la colaboración entre el CISAT, la Oficina de Monumentos de Holguín, la Universidad de Leiden y con apoyo del proyecto NEXUS 1492. Primero se realizó una prospección superficial general seguida por la excavación de calas para reconocer la estratigrafía de las zonas de concentración de material arqueológico y valorar tanto la estructura como las dimensiones del área de dispersión del material arqueológico. En la prospección general se recuperó el material presente en zonas de colecta superficial de 2×2m, dispuestas a 10m entre sí. En cada zona de colecta superficial se excavaron posteriormente calas de entre 0.30 y 0.40 m de diámetro o lado, situadas a 10m de distancia (entre cada una de ellas), excepto en la parte del sitio que la tradición oral relacionaba con la ubicación de una ermita, donde se dispusieron a 5m de distancia entre sí. Se trabajaron 179 áreas de colecta superficial; también se realizaron colectas en otros 27 puntos o áreas. Se excavaron 121 calas exploratorias.

En la zona supuestamente asociada a la ermita fueron hechas 3 unidades de excavación (Unidad 1, área total 24 m²; Unidad 2, área total 5 m²; Unidad 3, área total 4 m² [ver figura 18]). De manera paralela se ejecutaron trabajos de prospección que permitieron la ubicación de sitios arqueológicos con contextos de apariencia similar, en espacios cercanos de las zonas de Jobabo y

¹⁰² Participaron en estas labores por el Departamento Centro Oriental de Arqueología Yamilka Vargas Acosta, Ileana Rodríguez Pizonero, Elena Guarch, Pedro L. Cruz Ramírez, Juan Guarch Rodríguez, José A. Cruz Ramírez, Adisney Campos, Yanet Fernández y Aldo Galván Zayas; por la Oficina de Monumentos, Yadira Rojas Espinosa y Raúl Miranda Olivero. También estuvieron Yosbani Rodríguez Bruzón, Ronald Pérez Roche, Osmany Fera, Walbin Delgado, Isachi Ricardo y Lino Valcárcel Hernández. Se tuvo la colaboración de Alcides Campo y Yoanler Campos. Los trabajos formaron parte de los proyectos «Cultura material en entornos de interacción indohispana» e «Indios en la provincia de Holguín» (Valcárcel Rojas, 2012, 2015).

Guayacán (figura 17). Este texto aporta valoraciones preliminares derivadas de la labor de exploración y excavación, así como del análisis de los materiales obtenidos en Managuaco.

El sitio arqueológico Managuaco

El área de dispersión de material arqueológico, identificada a través de la colecta de evidencias en superficie y calas de prueba, se dispone al norte y sur del camino existente entre Managuaco y el poblado de Uñas. Esta área tiene 17,334 m²; es bordeada al sur por un arroyo y al este por un declive natural que desciende hasta una planicie próxima a otra corriente. Al sur, los materiales arqueológicos están en una zona alta, hoy parte de un campo de cultivo, y quedan restringidos a un espacio cercano al camino hacia el suroeste. Las principales zonas de presencia de materiales se hallan en torno al área asociada por la tradición local con la ubicación de la antigua ermita (parte este del sitio) y en campos de cultivo al norte. Potencialmente pudieran existir contextos bajo varias casas y estructuras accesorias, situadas en la parte este del sitio.

El material arqueológico fue ubicado principalmente en superficie y en menor medida, tanto en calas exploratorias como en unidades excavatorias, en los primeros 10 cm del estrato inicial. Este se encuentra muy alterado por las labores agrícolas y posee un grosor de entre 8 y 30 cm (capa 1). Bajo dicho estrato aparece una capa de suelo calichoso (capa 2) sin evidencias arqueológicas o restos modernos. Los materiales arqueológicos, mayormente de tipo colonial, están mezclados con evidencias de apariencia indígena (cerámica, piedra tallada) y en algunas zonas, con material moderno. Hay una composición similar en cuanto a tipos y origen temporal en los materiales hallados en superficie y en el subsuelo.

En las calas exploratorias realizadas en la zona este se hallaron huecos de postes con cierto alineamiento, disposición tomada en cuenta para planear las unidades de excavación, en tanto se consideró que los huecos pudieran ser restos de algún tipo de estructura.

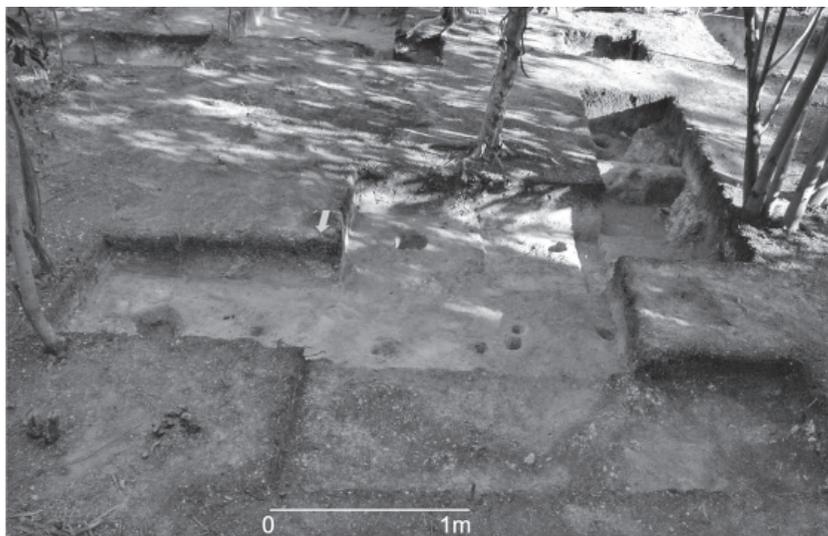


Figura 18. Foto de las unidades de excavación en el sitio Managuaco. Obsérvense los huecos de postes. Foto de Roberto Valcárcel Rojas.

Las unidades de excavación confirman la estratigrafía reconocida en las calas exploratorias, así como la muy pobre presencia de material arqueológico en el subsuelo. Ubicaron oquedades que se pueden relacionar en su mayoría con huecos de postes; estas se hacen evidentes solo en la capa 2. Se excavaron un total de 37 elementos destacados (features), de los cuales 31 pudieran ser huecos de postes. Los posibles huecos de poste varían en diámetro o ancho mayor (entre 7 y 53 cm); en profundidad, entre 36 y 79 cm. De estos solo uno, de 37cm de diámetro máximo, contenía restos de madera que pudieron pertenecer a un poste; se extrajeron para su estudio y fechado.

Material arqueológico

Las evidencias recuperadas, relativamente escasas (tabla 14), provienen de toda el área de dispersión de materiales. La zona de mayor concentración se halla en el lado este, donde la tradición histórica local indica estuvo ubicada una ermita.

Tabla 14. Materiales arqueológicos colectados en el sitio Managuaco

Evidencias	Cantidad	% del total de evidencias
Cerámica vidriada	234	6,3
Cerámica México pintada de rojo	8	0,2
Cerámica ordinaria torneada	90	2,42
Tiestos de cerámica de tradición aborigen	945	
Bordes de cerámica de tradición aborigen	95	
Asas de cerámica de tradición aborigen	9	
Cerámica de tradición aborigen (subtotal)	1,049	28,2
Gres	38	1,02
Loza	473	12,7
Piedra tallada	67	1,8
Piedra en volumen	5	0,13
Vidrio	470	12,6
Metal	63	1,6
Teja	983	26,4
Ladrillo	107	2,8
Fragmentos pequeños, posiblemente parte de tejas, lozas o ladrillos	125	3,3
Madera	1	0,02
Total	3,713	

Cerámica

La mayor parte de las evidencias colectadas son fragmentos de cerámica ordinaria no vidriada. El material más común (n=1049) corresponde a vasijas no torneadas, de pasta variada, en ocasiones con gran cantidad de inclusiones. Estas piezas, en su mayoría de pequeño tamaño, muestran cocción reductora o incompleta, y textura compacta, pero también –en mucha menor medida– granulosa o porosa (figura 19). Poseen cierta dureza y siguen perfiles globulares o semiesféricos, con algunos casos angulares siempre poco acentuados. Parecen ser cuencos u ollas; hay pocos indicios de platos. Solo en una pieza con forma de olla se pudo calcular aproximadamente el diámetro de la boca: 24 cm.

El grosor de las paredes tiende a oscilar entre 6 y 9 mm. Los grosores por debajo de este rango son menos frecuentes que aquellos de más de 10 mm. Se llega incluso a 12,5 mm, indicio de la existencia de unas pocas piezas de cierto tamaño. Son muy usuales los bordes rectos (hay unos pocos evertidos e invertidos) de tope redondeado, y en menor medida plano; los rebordes aparecen, pero no son frecuentes. Se obtuvieron muy pocas asas, casi todas de tipo tabular horizontal, con zonas alternas de presión digital o líneas incisas transversales, y dos ejemplos en forma de apéndice cilíndrico o cónico. No hay indicios de decoración en el cuerpo de los recipientes y solo se obtuvo un borde decorado con incisiones transversales, directamente sobre el tope (figura 19c). Unas pocas piezas muestran engobe externo de color rojo. No se hallaron restos del contenido de las vasijas ni concreciones asociadas al uso o exposición al fuego. Hay manchas por exposición al fuego, pero es difícil establecer si se deben al uso o se produjeron durante la quema de los recipientes.

Las superficies de los fragmentos de cerámica tienden a ser de color pardo claro y están alisadas tanto en su parte interna como externa. Es casi imposible observar evidencias de la técnica de manufactura de los recipientes; el modo en que se regularizaron y alisaron las paredes oculta los detalles al respecto. No aparecieron indicios de uso de torno o moldes. En unos pocos fragmentos hay posibles indicadores de acordelado, consistentes en pequeñas fracturas longitudinales y en cierto levantamiento en zonas de probable conexión de las tiras.

Se trata de una cerámica que comparte rasgos tipológicos – formas de asas, vasijas, bordes– y, sobre todo tecnológicos, tanto con las cerámicas de los grupos indígenas agricultores de Cuba en general, como con los de áreas próximas al sitio (ej. Banes; ver Persons [2013] y Valcárcel Rojas [2002] para datos sobre esta región y sus materiales). Se distingue de estas cerámicas indígenas por su mayor grosor y aparentemente, dureza superior; por la ausencia de decoración, restringida variedad de formas y bajo

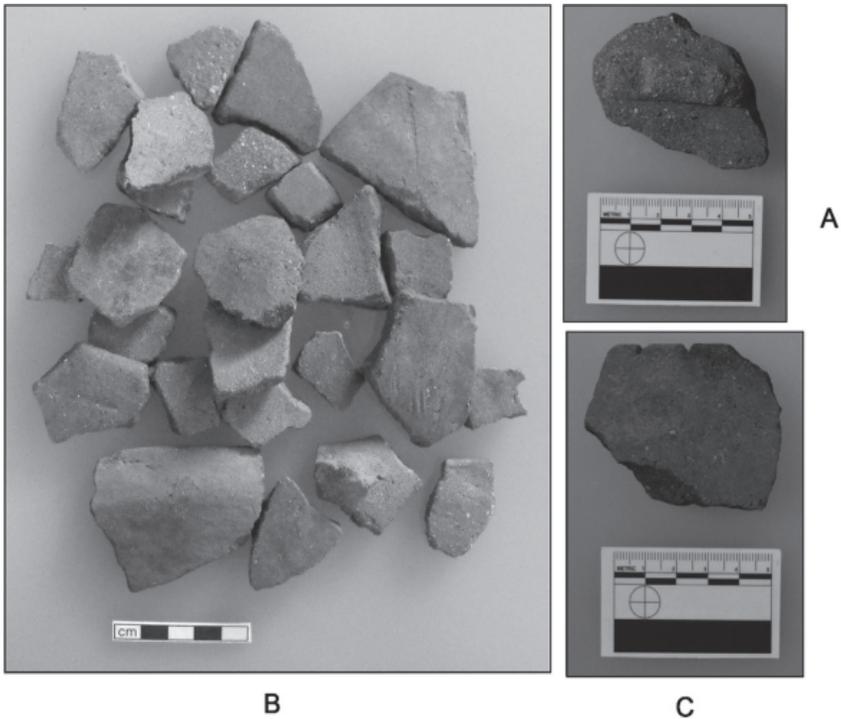


Figura 19. Sitio Managuaco, cerámica de tradición aborigen (CTA). A, asa tabular; B, fragmentos diversos; C, tope de borde con incisiones transversales. Fotos de Roberto Valcárcel Rojas.

nivel de perfiles angulares. También, por un acabado de superficies cuidadoso, que elimina los indicios de acordelado. Puede incluirse en las llamadas «cerámicas de tradición aborigen» (CTA) (Roura *et al.*, 2006), término que será empleado en el presente escrito en lo adelante.

Como parte de las cerámicas ordinarias no vidriadas se localizaron fragmentos ($n=90$) con huellas definidas del uso de torno, principalmente en su parte interna. Su apariencia general es muy diferente a la de la CTA. Muchos están relacionados con vasijas de gran tamaño, uno de los fragmentos alcanzó un grueso de 17,1 mm. Presentan en su mayoría pastas finas y compactas, por lo general cocidas en atmósferas oxidantes, que contribuyen a generar materiales relativamente duros, con colores pardos y rojizos.

Algunos fragmentos pudieron pertenecer a tinajas o cántaros. Son dominantes los topes de bordes redondeados, a veces con rebordes prominentes. Asociadas a estas piezas se identificaron varias asas en forma de tiras, dispuestas de modo horizontal, en ocasiones con depresiones alternas.

Probablemente algunas piezas de este tipo de cerámica, en particular fragmentos pequeños correspondientes a zonas de la vasija muy expuestas al fuego, o deterioradas por la erosión y la humedad, se confundan con lo que estamos considerando como CTA. Se identificaron, además, 8 fragmentos de cerámica México Pintado de Rojo (con cronología de 1550-1750).

La cerámica vidriada (n=233 fragmentos) está formada por 148 restos de botija en su estilo medio y tardío (cronología entre 1560-1800 y 1800-1900¹⁰³), que constituyen el 63 por ciento de todo el material vidriado recuperado (figura 20 a). En mucha menor medida se hallan cerámicas tipo Morro (período 1550-1770); se trata de 40 fragmentos para un 17 por ciento del total. Hay 22 fragmentos de mayólica (9 por ciento del total), cuya identificación no se ha podido establecer con la precisión requerida dado su reducido tamaño y la dificultad para ubicar rasgos diagnósticos. En algunos casos parecen tratarse de mayólicas mexicanas y francesas; un fragmento tentativamente se considera Mayólica Triana Esponjado Polícromo, con una cronología de 1750-1830 (Schavelson, 2001) y otro, Loza marina (1700-1775).

Se localizaron nueve piezas de Cerámica Rey (1725-1825); una de Melado (1490-1550); una de Slip Ware (probablemente Slip-Trailed Redware [1750-1820]); y 12 fragmentos se consignaron bajo la clasificación general de cerámica ordinaria vidriada. Las piezas colectadas fueron pequeños fragmentos, casi siempre de los cuerpos y bordes. Solo en los restos de botijas

¹⁰³ En la mayoría de los casos para determinar la cronología de la cerámica seguimos los parámetros de Deagan (1987), así como la Colección Digital de Tipos Cerámicos de Arqueología Histórica, del Museo de Historia Natural de la Florida (https://www.floridamuseum.ufl.edu/histarch/gallery_types).

se identificaron varios cuellos y fragmentos de asas. También se obtuvo parte de un grueso mortero o bacín, con vidriado interno de color ocre claro.

Resulta peculiar un fragmento de cerámica ordinaria levantada de modo muy burdo; es difícil saber si se usó torno para fabricarlo. Muestra un vidriado rudimentario de color ocre. La pieza incorpora sedimentos al material vitrificado y está deformada, aunque no queda claro si adquiere esta condición antes o durante la quema. Parece un fragmento de un recipiente que no se llegó a usar y pudiera asociarse a una fabricación y a un intento de vidriado *in situ*.

Los restos de gres no fueron muy abundantes y provienen de contenedores para cerveza y ginebra del siglo XIX o inicios del XX. La presencia de loza fue alta e incluye fragmentos de diversos tipos. Se identificaron platos con bordes en azul y con bordes en verde, de loza perla (cronología 1785-1840); y un fragmento de loza crema (1770-1815) con impresión por transferencia y motivo floral.

Piedra tallada

Se recuperaron 67 piezas de caliza silicificada con talla por percusión y presión. Se trata en su mayoría de restos de taller sobre material silíceo, aunque también se obtuvieron preformas en láminas, microlascas con retoque, lascas con retoque fino y lascas con muescas, entre otras (tabla 15; figura 21). Se trata de una industria microlítica y de pequeñas dimensiones, donde predominan las lascas, asociable con tecnologías vistas en comunidades indígenas de Cuba y el Caribe.

Los retoques más usuales fueron los finos y en menor medida pequeñas muescas; solo en un caso se comportaron de manera consecutiva y se llegó a formar un denticulado de dos dientes. Predominaron los bordes de ataques irregulares. Las herramientas elaboradas pudieron ser usadas para hacer pequeños cortes, perforar, raspar y cepillar materiales blandos. Dos de las preformas en lámina muestran preparación basal para su enmangamiento.

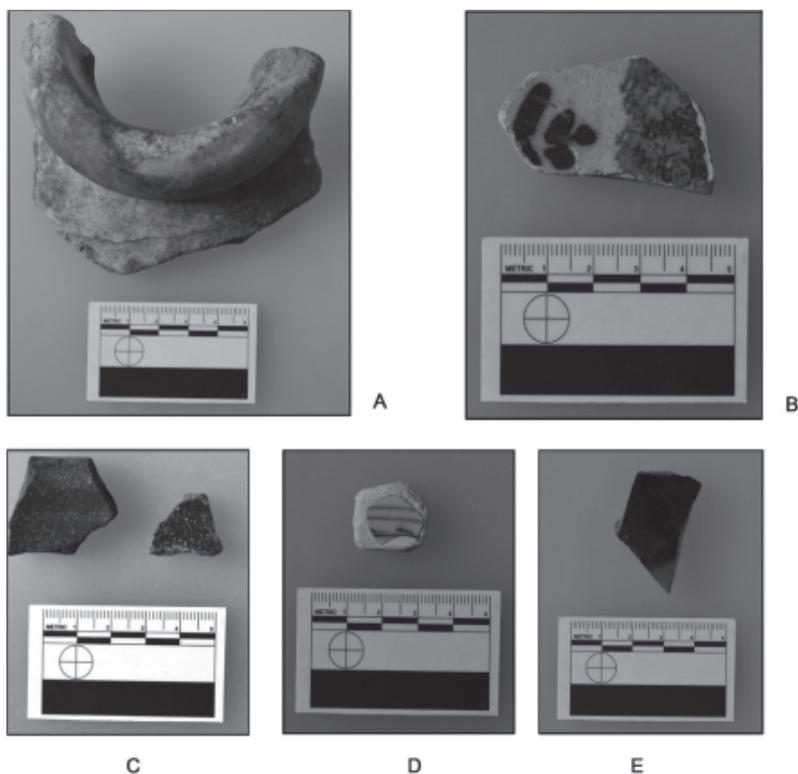


Figura 20. Sitio Managuaco, cerámicas vidriadas. A, Olive Jar; B, Mayólica Triana Esponjado Polícromo; C, Cerámica Morro; D, Mayólica no identificada; E, Cerámica rey. Fotos de Roberto Valcárcel Rojas.

Algunos restos de taller fueron utilizados, al parecer, para raspar y cepillar. La poca cantidad de restos de taller colectados, así como el hecho de que solo hay dos núcleos (de los que aparentemente no proviene ninguna de las lascas analizadas) apunta a lo poco usual del trabajo de talla en el sitio. Una última pieza, no contabilizada anteriormente y en estudio, pudiera ser una piedra de chispa usada en un arma de fuego del siglo XVII o XVIII.

Piedra en volúmenes

Durante la colecta superficial se obtuvo un fragmento de un disco de piedra, con cierto pulido y los bordes trabajados, que

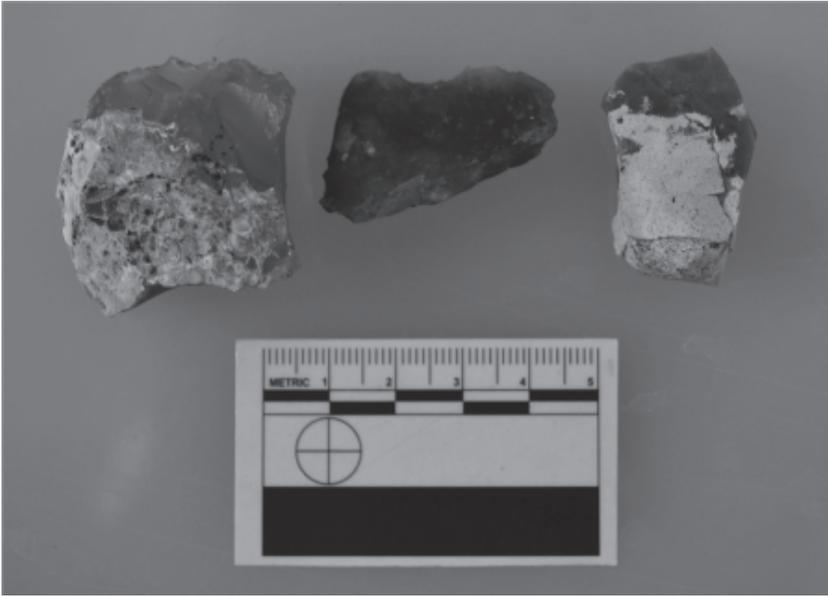


Figura 21. Piezas de piedra tallada, sitio Managuaco. Foto de Roberto Valcárcel Rojas.

Tabla 15. Materiales de piedra tallada. Sitio Managuaco

Artefactos	Cantidad
Microlasca con retoque	3
Preforma de microlasca	2
Preforma de microlasca o posible buril diedro	1
Microlasca con retoque de muescas en todo el borde o micropunta en lasca	1
Preforma en una microlámina puntiaguda	2
Lascas con retoque fino	3
Preformas de lasca	6
Lascas con muesca	3
Raspador en lasca	2
Lasca con retoque en todo el borde	1
Núcleos amorfos	2
Restos de taller	41
Total	67

consideramos sea una especie de triturador (figura 22c); también, un mortero en una laja natural. Los vecinos colectaron un majador cuidadosamente pulido, en la zona este del sitio (figura 22 a). Tres percutores en guijarros fueron hallados durante distintas etapas del trabajo (figura 22d). Estas piezas son muy similares a las colectadas en sitios indígenas de Cuba, de diversa filiación cultural.

Vidrio

Se dispone de un total de 470 piezas de vidrio, en general fragmentos pequeños. Los más antiguos pudieran ser del siglo XVII (n=11 piezas) y XVIII (n=8 piezas), aunque la mayor parte del material se remite a los siglos XIX y XX. Estos últimos fueron elaborados a través de una manufactura industrial automatizada si bien varios fragmentos responden a una manufactura de soplado libre (y quizás a espatulado), propia del siglo XVII y XVIII. Otros elementos a favor de esta cronología¹⁰⁴, asociada a fragmentos que pudieron pertenecer a botellas en algunos casos, fue la identificación de piezas de vidrio de color verde oscuro, verde oliva o verde casi negro, muy gruesas, con marcas de pontil de vidrio. Un detalle diagnóstico para tal temporalidad es, además, el reporte de fragmentos con un único listón en la boca de la botella, lo que genera labios sencillos. Análisis en curso valoran la posibilidad de que algunos de los vidrios más antiguos hubieran podido ser retocados con técnicas de talla lítica, para permitir su uso como herramientas en actividades de corte y raspado, entre otras.

Material constructivo

Incluye una gran cantidad de restos de tejas y ladrillos; en mucha menor medida, posibles lozas de piso (tabla 14). No se

¹⁰⁴ Para la definición de elementos cronológicos se siguieron los textos de Ortiz Castro (2007) y Schávelzon (2000).

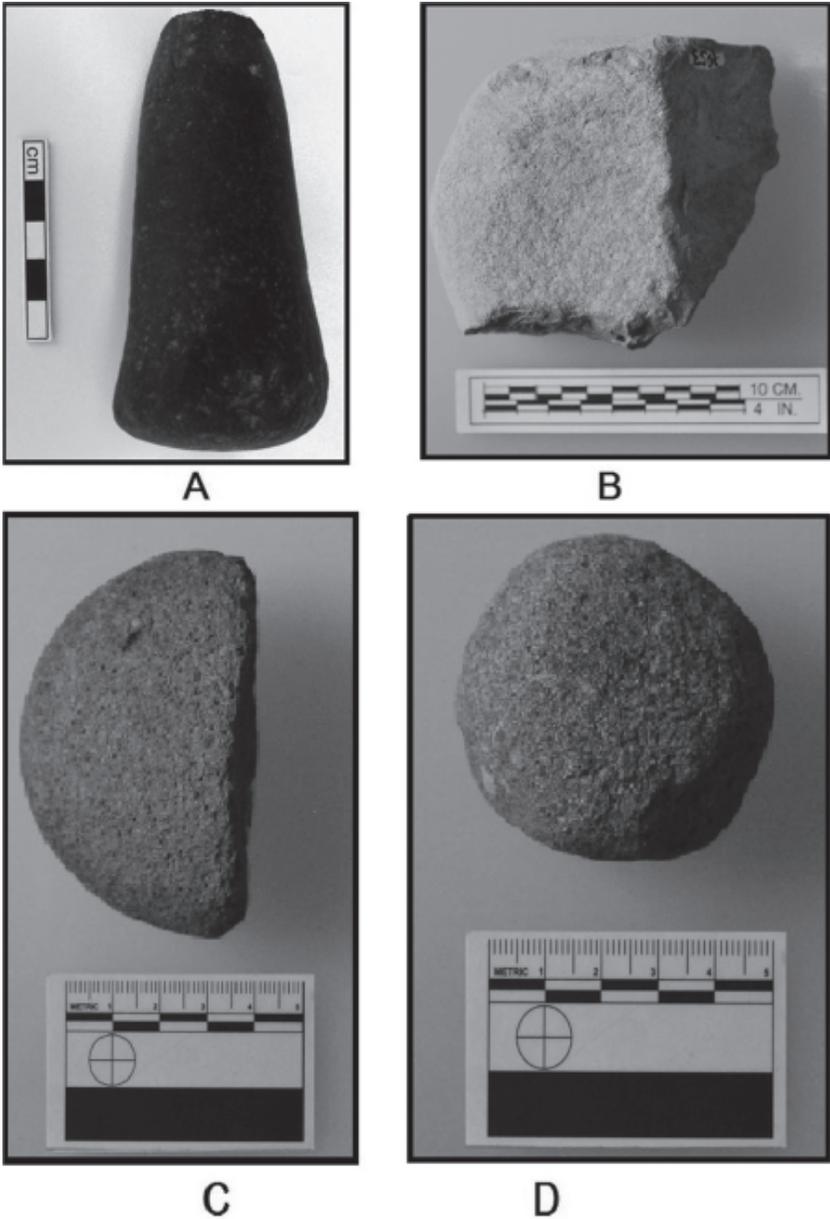


Figura 22. Sitio Managuaco, piezas de piedra en volumen. A, mano de mortero; B, Mortero; C, Triturador discoidal; D, Percutor. Fotos de Roberto Valcárcel Rojas.

recuperó ninguna pieza completa. Son objetos elaborados a mano, no vidriados. En el caso de las tejas se trata de piezas del tipo conocido como *teja criolla*, con sección semicircular que tienden a estrecharse hacia un extremo; mientras que los ladrillos son todos rectangulares. La presencia de tejas fue explicada parcialmente por los vecinos, como restos de casas antiguamente ubicadas en el sitio. Sin embargo, la diversidad de este material apunta a piezas de distintos períodos. Esto deja en pie la posibilidad de que dicho material incluya fragmentos de tejas provenientes de la antigua ermita.

Otros materiales

Se colectaron algunos fragmentos de hueso, concha y coral, en su mayoría producto de depósitos modernos. Los restos de metal aún no han sido estudiados, pero también son escasos. Incluyen fragmentos diversos, clavos de distintos tipos, duelas de barril y restos de recipientes metálicos, entre otros. Se trata en su mayoría de material del siglo XIX y XX. Es significativo el hallazgo, por los dueños de la propiedad donde se ubica el sitio, de una moneda de plata¹⁰⁵ de 4 reales acuñada durante el reinado de Carlos IV (entre los años 1788 y 1808).

Discusión

En la zona donde la tradición histórica local refiere la existencia de restos de la ermita se localiza gran parte del material arqueológico y numerosos huecos de postes. Por el momento no se han hallado evidencias de que la distribución de estos últimos responda a una forma constructiva específica, aunque no puede descartarse la pertenencia de algunos a una misma

¹⁰⁵ Para la identificación de la pieza se usó la base de datos de la American Numismatic Society, disponible en <http://numismatics.org/collection>.

estructura. Es notable que en las unidades excavadas en esta zona no aparecieron intrusiones significativas de material moderno; allí no se han levantado casas en los últimos cien años, según testimonio de los propietarios del terreno. Esto, y el hecho de que los huecos de poste se localizan donde la tradición histórica refiere la existencia de la ermita, apoya tal idea, aunque no la confirma.

Lo restringido del área excavada dificulta precisar la relación entre los huecos de postes y determinar si estos se distinguen de algún modo del resto del espacio o se conectan con elementos estructurales no develados. Pese a la intensa búsqueda, mediante calas exploratorias, de probables tumbas (del cementerio que los datos históricos mencionan junto a la ermita), no se halló ningún indicio al respecto.

Cuando al inicio de los trabajos los vecinos mostraron una mano de mortero de piedra que habían colectado en el sitio, se nos informó además del hallazgo de un mortero y de un percutor cilíndrico, en un punto no precisado de la zona. Estas piezas están en poder del maestro de la comunidad. Por tal razón se fijó como uno de los objetivos de la investigación, intentar ubicar el lugar de donde pudieran provenir tales artefactos y establecer si se trataba de un sitio indígena situado en un área cercana o bajo los contextos coloniales reconocidos en Managuaco. La prospección definitivamente no aportó evidencias sobre un sitio indígena y el contexto en general es muy diferente a lo que se encuentra en estos. Hasta el momento, en la zona inmediata no aparecen sitios arqueológicos indígenas; distan entre 12 y 16 km de Managuaco, excepto un contexto aislado, con arte rupestre, ubicado unos 9 km al este, en el cerro de Yabazón. Por tanto, estimamos que los materiales de base indígena funcionaron y se deben al contexto colonial. El hallazgo durante la investigación, de piedra tallada y de artefactos de piedra en volumen, otorga validez, hasta cierto punto, a los reportes anteriores de materiales de piedra encontrados por los vecinos.

Es muy significativa la ausencia de concentraciones de restos de fauna relacionados con fines alimentarios o manejo de animales. No se hallaron áreas donde se pueda definir una función concreta excepto en la zona relacionada con la supuesta ermita (espacio residencial, ritual o laboral, vinculado a estructura o estructuras constructivas). Es posible que bajo las casas de familia ubicadas actualmente en el sitio pudiera haber estratos arqueológicos; es probable además, que la erosión y el trabajo agrícola dispersaran las evidencias. Sin embargo, la revisión general realizada, las características de los materiales y su distribución, sugieren una ocupación con poco impacto en el lugar y que tiende a expandirse horizontalmente en lo referido a ubicación de desechos. Esto sería compatible con un pequeño grupo de casas, (como ocurre actualmente) e incluso con la presencia de la ermita.

En un espacio como este podría esperarse un reporte importante de herramientas asociadas a la actividad agrícola o ganadera; esto no ocurrió. Los materiales colectados apuntan a labores domésticas, sobre todo preparación y consumo de alimentos, dependiendo de manera notable de la CTA. En este entorno es difícil saber qué balance se dio entre los diversos tipos de cerámica, el vidrio y la loza. Al parecer hubo cierta combinación de ambos grupos de artefactos si bien no excluimos un proceso de paulatino predominio de los últimos, dada su cronología más tardía. También debieron usarse recipientes y contenedores elaborados en fibra, madera u otros elementos vegetales, no conservados.

Los artefactos de tradición indígena (incluyendo la cerámica, CTA) están en varias zonas del sitio, aunque en mayor número próximos a la supuesta área de la ermita. Esto descarta un depósito único y sugiere su manejo de forma paralela a las evidencias coloniales. Los objetos de base o tradición indígena destacan porque van más allá del solo reporte de CTA. Aquí aparecen en otros materiales y en una cantidad que demuestra cierta sistematicidad en su producción y empleo, sugiriendo el impacto

de un legado importante, bien insertado en el funcionamiento de la locación.

La cronología de los materiales abre la posibilidad de considerar una ocupación en el siglo XVII, aunque el núcleo temporal temprano –más confiable– se remite al siglo XVIII. El manejo del lugar continua durante el siglo XIX y XX. En cualquiera de los casos se corresponde con la cronología reconocida para la hacienda y no descarta una presencia conectada con las fechas marcadas para la ermita. En este sentido queda claro, considerando los aspectos de ubicación espacial, la toponimia y la tradición histórica local, que allí se encontró un espacio laboral o residencial asociado a la antigua hacienda de Managuaco.

Consideraciones finales. Managuaco y los indios

La presencia de indios cerca de Managuaco se documenta desde el siglo XVI. Muchos indios son beneficiados en esa época con tierras al norte de Bayamo (Estrada, 1840, p. 337) y es lógico su vínculo con las haciendas y corrales fundados en el área a finales de la centuria. No se descarta la permanencia de otros en la región tras el fin de la encomienda (1553) y su inserción en este entorno económico (Novoa, 2014, p. 98; Vega, 2014, p. 82). A unos 18 km al sur de Managuaco, en el sitio arqueológico El Yayal, se han localizado evidencias de población indígena o descendientes de esta durante la segunda mitad del siglo XVI (Valcárcel Rojas, 2016c). Hay datos históricos de indios en el siglo XVII a unos 50 km al sureste, en la zona de Barajagua. Es al asiento del hato de igual nombre donde dos indios y un niño negro llevan en 1612 la imagen de la Virgen de la Caridad, hallada en la bahía de Nipe, para dar inicio a la veneración de la futura patrona de Cuba. Se cree que remanentes de esta población debieron existir allí en el siglo XVIII (Peña *et al.*, 2014).

Hay pruebas documentales de bautizos de niños indios en la iglesia parroquial del pueblo de San Isidoro de Holguín, a partir

de 1731 (ACSI, Libro 1 de bautismos, 1729-1772). Tal práctica continúa hasta 1819 (Vega, 2014, p. 84). Para 1775 un censo rural de la jurisdicción holguinera recoge 137 indios. Al menos 6 indios se refieren como habitantes del partido de Uñas, cuyo poblado principal actualmente dista solo 4 km de Managuaco (Novoa, 2014, p. 99). En ese padrón la población de Managuaco aparece integrada por 16 personas, en igual proporción de individuos femeninos y masculinos. Se trata de tres familias, siendo 6 adultos y 10 niños. Estas personas no se correspondían con los propietarios legales reconocidos, indicio de la presencia de trabajadores posiblemente asalariados. Los apellidos, presentes aún hoy en la localidad, eran Ávila, Cabrera, Escalona, González, Rodríguez y Pérez. No se declara la presencia de esclavos, señalándose a los residentes como blancos o al menos estimados en esta categoría.

Un contexto histórico como este apoya claramente la posibilidad de que los materiales de base indígena colectados en Managuaco fueran llevados o elaborados allí por indios que trabajaron o residían en la hacienda (o en lugares cercanos), aun cuando no quedara registro de ello. Por otro lado, no puede descartarse que portadores de esta identidad y legado [indios o sus mestizos] por diversas razones fueran registrados como blancos; de hecho, así ocurrió en el pueblo de indios de El Caney en el siglo XVIII (Meriño y Perera, 2014, p. 121).

Si bien el nexo con indios parece la opción más viable, se trata de algo que no podemos probar totalmente. Silliman (2010, pp. 35-45) ha señalado como, en el caso de los Estados Unidos, la tendencia a vincular los objetos con cierta cultura y ciertos individuos, con roles específicos en el entorno colonial, tiene un carácter esencialista que muchas veces no refleja la complejidad de los espacios donde indígenas, europeos, africanos y mestizos interactuaron y se mezclaron, haciendo un uso diverso de la materialidad también variada allí presente. Esto oscurece la comprensión de quienes pudieron ser productores y usuarios de dicha

materialidad; un objeto de origen nativo americano en tales contextos no garantiza que mantiene su filiación cultural original en lo que respecta a todos sus usos y a todos sus usuarios.

Esta reflexión nos obliga a dejar abierta la posibilidad de que habitantes no indios de Managuaco quizás pudieron usar estos artefactos. Aun cuando en los censos se recoge como blanca, varios investigadores coinciden en clasificar la población de la jurisdicción de Holguín en el siglo XVIII como principalmente criolla, con un alto número de blancos nacidos en Cuba y también de mestizos locales (Córdova y Calzadilla, 2010). Es de suponer su familiaridad con los recursos de la isla y la cultura material tradicional de base indígena. Por supuesto, estos individuos asumían una tradición cultural hispana, poseedora de tecnologías más efectivas que las indígenas, pero el aislamiento del espacio holguinero y las dificultades para acceder a ciertos productos pudo generar necesidades solventadas, en parte, a través de los artefactos y el legado indígena; y quizás, por experiencias ganadas en la interacción con los indios de la región. La CTA es el ejemplo más importante al respecto.

Managuaco no solo reporta CTA, material hallado en varios lugares de la ciudad de Holguín (Jardines *et al.*, 2014) y en locaciones cercanas al sitio, lo que apunta a la popularidad del uso de estos recipientes y a su manejo por diversos componentes de la sociedad colonial. En el sitio hay artefactos menos comunes, de piedra pulida y tallada, cuya elaboración requiere conocimientos con cierta especialización, potencialmente restringidos a individuos conectados de modo más profundo con las tradiciones indígenas. La mayoría de las locaciones cubanas donde se reporta CTA solo tienen, en lo que respecta a elementos de base indígena, esta cerámica o un número mínimo de otros artefactos. En áreas relativamente bien investigadas y con múltiples contextos con CTA, como La Habana, los otros artefactos siempre son escasos (ver Roura, en este volumen). Tal vez esto se debe a que un interés específico en esta cerámica y su comercialización, estimulaba tal

presencia en un entorno predominantemente hispano o criollo, y no había necesidad de otras tecnologías indígenas. Quizás en el campo estas últimas fueran más útiles, pero no debe asumirse de modo automático su aceptación solo porque estaban disponibles.

Casi no tenemos datos de contextos rurales coloniales con presencia de indios. Uno de los pocos casos es Pueblo Viejo, donde las circunstancias históricas señalan posible residencia de indios vinculados a vigilancia de costas en el siglo XVIII, en un espacio relativamente marginal asociado a explotación de recursos agrícolas y marinos (Hernández, 2010; Hernández *et al.*, 2013). Allí el hallazgo de otros artefactos de base indígena (además de CTA), es importante. Por tal razón, y aun cuando el tema merezca nuevos estudios consideramos que en Managuaco o en zonas cercanas, existieron indios o individuos portadores del legado indígena que incidieron sobre la vida o los manejos laborales de la hacienda y estuvieron vinculados con su materialidad. El modo en que eran reconocidos socialmente o se les reconoce en la documentación de la época (si así fue el caso), es un asunto muy coyuntural pues en muchos sentidos serían «un criollo más» y se ha visto (ver capítulos 1 y 2 en este volumen) que en ocasiones se les registró como blancos o pardos, o que en esta categoría se incluyeron mestizos.

La discusión sobre hasta qué punto las cerámicas ordinarias no levantadas a torno halladas en varios sitios coloniales del Caribe, se derivan solo de tradiciones indígenas o incorporan elementos africanos e incluso europeos, es coherente con la diversidad étnica de estos espacios y las múltiples tradiciones cerámicas en ellos concurrentes (Deagan, 1987, pp. 103-105; García Arévalo, en este volumen; Roura *et al.*, 2006). El estudio de Managuaco aporta datos útiles para el análisis del tema, si bien ajustados al entorno específico de la región histórica holguinera. El vínculo que en este sitio la CTA muestra con otros componentes de base indígena, la misma importancia del indio en la región y el limitado nivel de presencia africana en el espacio holguinero (Córdova

y Calzadilla, 2010; Novoa, 2014), apuntan al predominio de la tradición indígena.

En la CTA de Managuaco el tratamiento de superficie oculta casi totalmente los indicios de enrollado. Posiblemente se trata de un recurso para mejorar la calidad de las piezas, su funcionalidad, perdurabilidad y apariencia. Dada la amplia distribución de estos materiales tanto en la ciudad de Holguín como en espacios rurales cercanos a Managuaco, no descartamos la relación de dichos elementos tecnológicos con requerimientos que aparecen o se estimulan dentro de dinámicas de comercialización –como ocurrió en el pueblo indio de Guanabacoa (Roura, en este volumen) –, o con el impacto que la popularidad en el uso de tales vasijas tuvo en sus prácticas de fabricación. No obstante, las peculiaridades del entorno rural sugieren (en el caso de Managuaco) producciones locales o dentro de ciertas áreas. En este sentido se debe recordar el hallazgo de la pieza con vidriado rudimentario, deformada, que pudiera estar vinculada a situaciones de fabricación de cerámica en el sitio o en lugares cercanos.

El vínculo de los indios con la hacienda de Managuaco y con la región histórica holguinera nos permite volver sobre la relación que pudo haber entre la sobrevivencia de estas poblaciones y ciertos entornos económicos y socioculturales, particularmente aquellos no insertados a fondo en el esquema plantacionista (Valcárcel Rojas, 2016c, p. 32). El distanciamiento de la región holguinera de este universo pudo influir en el fomento de un tipo de campesinado que podía subsistir desde formas productivas y de propiedad más simples, como las que se documentan generalmente para el caso de los indios. Esto dejaba espacios para una base étnica más diversa y para relaciones de mayor pluralidad, tolerancia y cooperación, estimulando potencialmente el arribo de indios a la región (sabemos de emigración desde Baracoa, El Caney y Jiguaní [(Valcárcel Rojas, 2016c, p. 22])). Igualmente, la limitada presencia africana debió estimular el desarrollo de un campesinado blanco o mestizo, donde el indio finalmente queda insertado. Este

campesino se mueve a una proyección cultural de menor raíz africana, en cuya estructuración transcultural se hace importante el legado indígena.

El trabajo en Managuaco esta en sus inicios. Nuevas búsquedas documentales y trabajos arqueológicos con capacidad para ubicar los restos humanos posiblemente asociados a la ermita, podrían ayudar a establecer el origen étnico de la población de la hacienda. En cualquier caso, es evidente la importancia directa o indirecta de los indios en este espacio y sobre todo del legado indígena, elemento aún persistente en la localidad y en muchos lugares del campo cubano.

Agradecimientos

La exploración en el sitio Managuaco se desarrolló con apoyo del Centro de Investigaciones y Servicios Ambientales y Tecnológicos de Holguín, y del proyecto—al que se integra el autor principal—ERCSynergy NEXUS 1492, sostenido por European Research Council / ERC [European Union's Seventh Framework Programme (FP7/2007-2013)/ERC grant agreement n° 319209]. Deseamos reconocer la colaboración, en la investigación que da base a este artículo, del equipo de trabajo del Departamento Centro Oriental de Arqueología, de la Oficina de Monumentos de Holguín, así como de Hiram Pérez y Ángela Peña. Asimismo, de Roger Arrascaeta y Lisette Boura, director y especialista respectivamente del Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador de la ciudad de la Habana, quienes apoyaron la identificación y estudio de las cerámicas. En todas las labores en Managuaco fue decisiva la ayuda de Alcides Campo, propietario de los terrenos donde se ubica la mayor parte del sitio; de Yoanler Campos y de los demás miembros de esta familia, así como de la familia Tarrago. Agradecemos a José Novoa el acceso a datos del padrón de la jurisdicción de Holguín de 1775. Los trabajos en el sitio contaron con el permiso PEA-1/14 de la Comisión Nacional de Monumentos de Cuba.

Fuentes documentales

(ACSI) Archivo de la Catedral de San Isidoro, Holguín, Cuba.
Libro 1 de bautismos (1729-1772).

Referencias citadas

- Armstrong, D. V. & Hauser, M. W. (2009). A Sea of Diversity: Historical Archaeology in the Caribbean. En T. Majewski & D. Gaimster (Eds.), *International Handbook of Historical Archaeology*, (pp. 583-612). New York: Springer.
- Córdova, C. & Calzadilla, L. (2010). Holguín una fundación tardía realizada por criollos. *Ciencias Holguín*, XVI (enero-marzo).
- De Ávila y Delmonte, D. (1926). *Memoria sobre el origen del hato de San Isidoro de Holguín*. Holguín: Imprenta El Arte.
- Deagan, K. (1987). *Artifacts of the spanish colonies of Florida and the Caribbean, 1500-1800*. (vol. I: Ceramics, Glassware, and Beads). Washington D. C.: Smithsonian Institution Press.
- Deagan, K. (1988). The Archaeology of the Spanish Contact Period in the Caribbean. *Journal of World Prehistory*, 2(2), (pp. 187-233).
- Delle, J. A. (2002). Caribbean Archaeology. En C. E. Orser (Ed.), *Encyclopedia of Historical Archaeology*, (pp. 96-99). London: Routledge.
- Estrada, M. J. d. (1840). Apuntes para la historia de la isla de Cuba. El Bayamo. En S. P. d. L. Habana (Ed.), *Memorias de la Sociedad Patriótica de La Habana* (vol. 10, pp. 335-350): Imprenta del Gobierno y Capitanía General por S. M.
- Ewen, C. R. (2001). Historical Archaeology in the Colonial Spanish Caribbean. En P. Farnsworth (Ed.), *Island lives. Historical archaeologies of the Caribbean*, (pp. 3-20). Tuscaloosa: The University of Alabama Press.
- Goucher, C. & Agorsah, K. (2011). Excavating the Roots of Resistance. The Significance of Maroons in Jamaican Archaeology. En J. A. Delle, M. W.

- Hauser & D. V. Armstrong (Eds.), *Out of Many, One People. The Historical Archaeology of Colonial Jamaica*, (pp. 146-160). Tuscaloosa: The University of Alabama Press.
- Hernández, I. (2010). Pueblo Viejo de Nuevitas: Nuevos referentes arqueológicos. En E. Cento (Ed.), *Cuadernos de Historia Príncipeña 9. Patrimonio legado al Siglo XXI*, (pp. 11-22). Camagüey: Editorial Ácana.
- Hernández, I.; Mora, I.; Mujica, J. P.; Alemán, M. d. C. & Labrada, A. (2013). Investigación arqueológica en Pueblo Viejo de Nuevitas: resultados estratigráficos de la campaña 2012. En I. Hernández (Ed.), *Cultura material e Historia. Encuentro arqueológico II*, (pp. 57-85). Camagüey: Ediciones El Lugareño.
- Hofman, C. L.; Mol, A.; Hoogland, M. & Valcárcel Rojas, R. (2014). Stage of encounters: migration, mobility and interaction in the precolonial and early colonial Caribbean. *World Archaeology*, 46(4), (pp. 590–609).
- Jardines, J. E.; Peña, A.; Rojas, Y. & Fernández, Y. (2014). El rastro del aborigen en la ciudad de Holguín visto a través de las investigaciones arqueológicas. En R. Valcárcel Rojas & H. Pérez Concepción (Eds.), *Indios en Holguín*, (pp. 43-59). Holguín: Editorial La Mezquita.
- Kelly, K. G. (2008). *The Archaeology of French Colonial and Post-Colonial Settlements*. *International Journal of Historical Archaeology*, 12(4), (pp. 388-402).
- La Rosa Corzo, G. (2000). Perspectivas de la Arqueología Histórica en Cuba en los umbrales del siglo XXI. *Revista Bimestre Cubana*, 87(17), (pp. 124-135).
- Meriño, M. d. I. Á. & Perera, A. (2015). Calidad y mestizaje en los padrones de vecinos de San Luis del Caney y Santiago de Cuba (1775-1800). *El Taller de la Historia*, 7(7), (pp. 101-140).
- Morell de Santa Cruz, P. A. (2005). *Visita eclesiástica*. La Habana: Ediciones Imagen Contemporánea.

- Novoa, J. (2014). Descendientes de indios en el Holguín de 1775. En R. Valcárcel Rojas & H. Pérez Concepción (Eds.), *Indios en Holguín*, (pp. 97-106). Holguín: Editorial La Mezquita.
- Ortiz Castro, C. (2007). *Botellas de vidrio como marcadores sociales y cronológicos, siglos XVII-XX. Bases para un catálogo arqueológico de Colombia*. Unpublished Magister en Antropología. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Persons, A. B. (2013). *Pottery, people, and place: examining the emergence of political authority in Late Ceramic Age Cuba*. Unpublished doctoral dissertation. Tuscaloosa: The University of Alabama.
- Rodríguez Bruzón, Y. (2015). *Estudio histórico de las haciendas holguíneas de Guayacán, Managuaco y Yareniquén hasta el siglo XVIII, como parte de la dinámica del poblamiento de las tierras altas de Maniabón*. Tesis de maestría inédita. Holguín: Universidad de Holguín.
- Roura, L. (2011). Patrimonio industrial y arqueología: acercamiento a sus relaciones en Cuba. En M. S. Ramos & O. Hernández de Lara (Eds.), *Arqueología histórica en América Latina. Perspectivas desde Argentina y Cuba*, (pp. 171-185). Buenos Aires: Universidad Nacional de Luján.
- Roura, L.; Arrazcaeta, R. & Hernández, C. A. (2006). La cerámica de tradición aborigen: ejemplos habaneros. *Gabinete de Arqueología*, 5, (pp. 16-27).
- Schávelzon, D. (2000). *Historias del comer y del beber en Buenos Aires. Arqueología histórica de la vajilla de mesa*. Buenos Aires: Aguilar.
- Schávelzon, D. (2001). *Catálogo de cerámicas históricas de Buenos Aires. Siglos XVI - XX* (Soporte electrónico). Buenos Aires: FIAAR, FADU, CAU.
- Silliman, S. (2010). Indigenous traces in colonial spaces. Archaeologies of ambiguity, origin, and practice. *Journal of Social Archaeology*, 10(1), (pp. 28-58).

- Singleton, T. & Torres de Souza, M. A. (2009). Archaeologies of the African Diaspora: Brazil, Cuba, and the United States. En T. Majewski & D. Gaimster (Eds.), *International Handbook of Historical Archaeology*, (pp. 449-470): Springer.
- Valcárcel Rojas, R. (2002). *Banes Precolombino. La ocupación agrícola*. Holguín: Ediciones Holguín.
- Valcárcel Rojas, R. (2012). *Proyecto Territorial de investigación «Cultura material en entornos de interacción indohispana»*. Holguín: Departamento Centro Oriental de Arqueología (inédito). Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medioambiente de Cuba.
- Valcárcel Rojas, R. (2015). *Proyecto Territorial de investigación «Indios en la Provincia de Holguín»*. Holguín: Departamento Centro Oriental de Arqueología (inédito). Ministerio de Ciencia Tecnología y Medioambiente de Cuba.
- Valcárcel Rojas, R. (2016a). *Archaeology of Early Colonial Interaction at El Chorro de Maíta*, Cuba. Gainesville: University Press of Florida.
- Valcárcel Rojas, R. (2016b). El mundo colonial y los indios en las Antillas Mayores. Repensando su estudio arqueológico. *Boletín del Museo del Hombre Dominicano* (47), (pp. 359-376).
- Valcárcel Rojas, R. (2016c). Cuba. Indios después de Colón. En J. Ulloa Hung & R. Valcárcel Rojas (Eds.), *Indígenas e Indios en el Caribe. Presencia, legado y estudio* (vol.I, pp. 7-48). Santo Domingo: Instituto Tecnológico de Santo Domingo.
- Valcárcel Rojas, R.; Samson, A. & Hoogland, M. (2013). Indo-Hispanic Dynamics: From Contact to Colonial Interaction in the Greater Antilles. *International Journal of Historical Archaeology*, 17, (pp. 18-39).
- VanBuren, M. (2010). The Archaeological Study of Spanish Colonialism in the Americas. *Journal of Archaeological Research* (18), (pp. 151-201).
- Vega, J. (2014). Los aborígenes de Cuba en la etnohistoria de Holguín: un acercamiento a los libros bautismales de los siglos

XVIII y XIX, en R. Valcárcel Rojas & H. Pérez Concepción (Eds.), *Indios en Holguín*, (pp. 78-96). Holguín: Editorial La Mezquita.

Weik, T. (1997). The Archaeology of Maroon Societies in the Americas: Resistance, Cultural Continuity, and Transformation in the African Diaspora. *Historical Archaeology*, 31(2), (pp. 81-92).